

Hermenéutica: Lenguaje y verbo

Jhon Jairo Torres Ríos.¹

De este modo, ya desde su origen histórico, el problema de la hermenéutica va más allá de las fronteras impuestas por el concepto de método de la ciencia moderna.

Gadamer

El trabajo filosófico que se realiza en la presente reseña crítica se encuentra dentro del ámbito de reflexión sobre el problema ontológico de la verdad, que se vincula con un estudio riguroso y especulativo de la investigación sobre el fundamento ontológico del concepto de verdad y su significado hermenéutico a través de la perspectiva filosófica de Hans Georg Gadamer en su obra VERDAD y MÉTODO (2003). El lenguaje como hilo conductor del giro ontológico de la hermenéutica. En este sentido, la reseña alude al lenguaje como medio de la experiencia hermenéutica, enfocándose en el apartado Lenguaje y verbo.

En dicho apartado Lenguaje y verbo, Gadamer (2003), presenta una profunda reflexión sobre la importancia de hacer justicia al *Ser* del lenguaje, para ello parte de una idea que, si bien no es griega,

es la idea cristiana de la *encarnación*, pero no como corporalización. No es la palabra o logos que se hizo carne, ni la manifestación de lo divino en forma humana, que inclusive hace tan humana a la religión cristiana como a la griega, es la divinidad que se muestra en forma humana manteniendo su divinidad suprema. La palabra como acontecimiento del lenguaje humano permite la expresión de lo que piensa el intelecto que se encarna en el lenguaje y le da existencia al *Ser*.

Para el autor (2003), es interesante detenerse en esta cuestión, ya que para el pensamiento cristiano la *encarnación* está relacionada con la palabra, o por decirlo de otra manera con el lenguaje. Lo que posibilita una relación entre el lenguaje y la comprensión, así el lenguaje es la condición, la posibilidad de acontecer, producir, configurar y constituir una identidad.

1. Jhon Jairo Torres Ríos, es Licenciado en Filosofía y C. R. (Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium), Magister en Alta Dirección de Servicios Educativos (Universidad San Buenaventura), Candidato a Doctor en Educación (Universidad del valle), director de la Especialización en Educación en Derechos Humanos y profesor e investigador en el área de filosofía, de la Fundación Universitaria Católica Lumen Gentium, correo electrónico jtorres@unicatolica.edu.co – especializaciondh@unicatolica.edu.co - Cali, Colombia. ORCID <https://orcid.org/0000-0001-7746-8152>

Según Gadamer (2003), desde los Padres de la Iglesia, y el Agustínismo de la alta escolástica, la interpretación del *misterio de la trinidad* – la tarea más importante del medioevo – se apoya en la relación humana de hablar y pensar. La dogmática se sustenta en el prólogo del libro de Juan, que aunque use los medios conceptuales para resolver el problema teológico sean de carácter griego, el pensamiento filosófico gana por medio de ellos una dimensión que habían olvidado los griegos. Dimensión relacionada con el lenguaje, es la potencialidad de la palabra que permite la interpretación de la conciencia histórica y la creación o ensanchamiento del lenguaje, en el relacionamiento con el presente, la actualización que emerge en nuevos conceptos y significados.

El autor (2003) expresa que, cuando el verbo se hace carne en esta *encarnación*, el logos se libera, al mismo tiempo, de una espiritualidad que significa su potencialidad cósmica. El carácter de redención introduce en el pensamiento occidental la incorporación de la esencia histórica y que el fenómeno del lenguaje, en su inmersión en la idealidad del sentido, emerja y se ofrezca a la reflexión filosófica. Diferente del logos griego, la palabra es ahora puro suceder (*verbum proprie dicitur personaliter tantum*). Es como el verbo conjugado en infinitivo, pensar es hablar, el lenguaje hace abstracción porque es acción pasando de un campo a otro, su carácter óntico es un suceder, por ello la interpretación coloca lo comprendiendo en otra circunstancia y posibilita multiplicidad de interpretaciones que agregan conocimiento y experiencias a la tradición filosófica.

Con lo anterior, Gadamer (2003), pone de relieve que el lenguaje humano se instaura indirectamente en objeto de la reflexión. Tan solo a través de la contraimagen de la palabra humana aparezca el problema teológico de la palabra, el *verbum dei*, que es la unión de Dios Padre y Dios Hijo. Pero lo

importante, es que el misterio de esta unidad tenga su reflejo en el fenómeno del lenguaje. La mejor manera de representar la divinidad es en el lenguaje; luego, la escritura permite la representación, ampliación y liberación de dicho lenguaje.

De ahí que, para Gadamer (2003), es en la idea de la *encarnación* que se hace posible interpretar la relación entre lenguaje y verbo, entre pensar y decir, porque el lenguaje es movimiento y crea realidad, en la dialéctica construye mundos posibles, pasando de un ente a un Ser lingüístico, ya que cada cosa tiene un modo de ser, una codificación, un significado representado, por ello es ontico y tiene un ethos.

Para el autor (2003), la especulación teológica sobre la *encarnación* conecta en la patrística con el pensamiento helenístico, lo cual es muy significativo para la nueva dimensión a la que apunta. Los estoicos plantearon la oposición entre el logos exterior e interior. Con esta distinción se pretendía destacar el principio del mundo que era el logos respecto a la exterioridad del puro hablar por imitación. Para el cristianismo, es la dirección inversa la que adquiere un significado positivo. La analogía entre palabra interna y externa, el que la palabra se haga sonido en la vox, obtiene un valor paradigmático. De este modo, la palabra hablada como sonido produce la creación como milagro que ocurre en el lenguaje.

En este sentido, para Gadamer (2003), la exégesis interpreta el volverse sonido de la palabra como un milagro igual que el hacerse carne de Dios. Este "volverse" no es llegar a ser que algo se convierte en otra cosa, ni de una disminución de la palabra interna por su salida a la exterioridad, ni siquiera que la palabra interna quede consumida en ella. Desde los acercamientos más tempranos al pensamiento griego, reconoce la nueva dirección

del misterio de la unidad de padre e hijo, de Espíritu y de palabra. Cuando en la dogmática cristiana se realiza el rechazo de la subordinación de la relación directa con la exteriorización, el que la palabra se vuelva sonido, esta misma decisión hace necesario volver a iluminar filosóficamente el misterio del lenguaje y su relación con el pensamiento. Porque la palabra es siempre creadora y transformadora, así pensamiento y lenguaje están vinculados, se relacionan al mismo tiempo, todo grupo humano se va configurando con la memoria o la tradición, en la medida que se va dando la relación, se da una forma de participar en el lenguaje y por ende en el grupo humano.

Gadamer (2003) sostiene que, San Agustín devalúa la palabra externa y todo el problema de la multiplicidad de las lenguas. El hecho de que el verbo se diga en cada lengua de otra manera significa que a la lengua humana no se le manifiesta en su verdadero ser. Con un desprecio platónico de la manifestación sensible, dice Agustín: La verdadera palabra es independiente de esta manifestación. Por el contrario, la palabra interna, es el espejo y la imagen de la palabra divina. Lo que sale a la luz, entonces, es un aspecto muy determinante del lenguaje. El misterio de la trinidad encuentra su reflejo en el misterio del lenguaje en cuanto que la palabra, que es verdad porque dice cómo es la cosa, no es ni quiere ser nada por sí misma. Tiene su ser en su cualidad de hacer patente lo demás. De este modo, la unidad del Ser se encuentra en la exterioridad, en la multiplicidad de las formas que configuran y consolidan una manera de ser.

Gadamer (2003) manifiesta que, la doctrina de una palabra interior debe soportar la interpretación teológica de la trinidad, pero la pregunta teológica no será de mayor ayuda para el asunto que se quiere tratar. Hay que volver a la cosa misma, preguntar qué puede ser esta «palabra interior». No puede

ser el logos griego, la conversación del alma consigo misma. Pero el hecho de que *logos* se traduzca como *ratio* y *verbum* apunta a que el fenómeno lingüístico adquiere en la elaboración escolástica de la metafísica mucha más validez de la que tuvo entre los griegos mismos. La comprensión del *logos* griego por parte de los filósofos de la *patrística* tuvo una mayor comprensión de lo que significa la primacía del lenguaje como forma de representar el pensamiento, de ahí que el lenguaje al estar estrechamente vinculado con el pensar el conocimiento de las cosas es posterior, y en dicha interpretación la metafísica de la escolástica tuvo reflexiones sistemáticas sobre la liberación del pensamiento y del lenguaje.

De acuerdo con el autor (2003), en la alta escolástica, Santo Tomás a pesar de hacer un trabajo sistemático a partir del prólogo de Juan bajo el pensamiento aristotélico, es significativo que hable de la multiplicidad de las lenguas, aunque acabe por desconectarla a favor de la "palabra interior", la cual es el presupuesto lógico y natural bajo el que desarrolla el nexo de *forma* y *verbum*. Lo interesante estriba en reconocer que la multiplicidad de las lenguas manifiestan diversas formas de *Ser*, lo que muestra la posibilidad de diferentes modos de pensar, de una construcción permanentes de referencia que ayudan a construir sentido.

Para Gadamer (200), la palabra interior, en cuanto expresa el pensar, reproduce al mismo tiempo la finitud de nuestro entendimiento discursivo. En este sentido, todo pensar es un decirse. Por su parte, la secuencialidad que caracteriza la discursividad del pensamiento humano no es en realidad una relación temporal. El que piensa lo uno y lo otro quiere decir que sabe lo que hace con ello, y esto significa que sabe vincular lo uno con lo otro. En consecuencia, lo que tenemos ante nosotros no es una relación temporal sino un proceso espiritual, una *emanatio intellectualis*. La palabra entonces

emerge en el intelecto; como se ha mencionado, es un suceder atemporal por la estrecha vinculación entre pensamiento y lenguaje.

Según Gadamer (2003), con este concepto neoplatónico, Santo Tomás intenta describir tanto el carácter procesual de la palabra interior como el misterio de la trinidad. Así se inserta el concepto de emanación, aquello de lo que algo emana, vale también para el surgir espiritual que se realiza en el proceso de pensar, del decirse. Si la relación divina de palabra e intelecto puede ser descrita de manera que la palabra tenga su origen en el intelecto, pero no parcialmente, sino por entero (*totaliter*), del mismo modo vale para nosotros que aquí una palabra *totaliter* surge de otra, lo que significa que tiene su origen en el espíritu igual que la sucesión de la conclusión de las premisas. Las palabras están entrelazadas con el pensamiento, es un movimiento que fluye no lineal, sino circular, es un devenir continuo y permanente.

Para el autor (2003), lo que puede ser de utilidad en la teología del verbo, es en primer lugar, la unidad interna de pensar y decirse, que se corresponde con el misterio trinitario de la encarnación, encierra en sí que la palabra interior del espíritu no se *forma por un acto reflexivo*. El que piensa o se dice algo, se refiere con ello a lo que piensa, a la cosa. En segundo lugar, la diferencia entre la unidad de la palabra divina y la multiplicidad de las palabras humanas no agota la cuestión. Al contrario, la unidad y multiplicidad mantienen entre sí una relación fundamentalmente dialéctica. La palabra es una constatación del pensamiento; la unidad es en la multiplicidad de las interpretaciones de la cosa por el mundo.

Por último, Gadamer (2003) sostiene que, la unidad de la palabra que se autoexpone en la multiplicidad de las palabras permite comprender también aquello que no se agota en la estructura

esencial de la lógica y que manifiesta el *carácter de acontecer propio del lenguaje: el proceso de formación de los conceptos*. De ahí que, la multiplicidad de la unidad y la fluidez de la cosa posibilita el cambio, la diversidad y la diferencia en constante transformación, el carácter óntico del suceder del lenguaje permite la creación de nuevos conceptos por las múltiples formas de vida y de existencia.

De este modo, las ciencias del espíritu vienen a confluir con formas de la experiencia que quedan fuera de la ciencia: con la experiencia de la filosofía, con la del arte y con las de la misma historia.

Gadamer

Referencia.

Gadamer, H. (2003). Verdad y método. Ediciones Sígueme.

